

EL *OIKOS* COMO REFERENTE SIMBÓLICO EN CONDICIONES DE ADVERSIDAD*

EULALIA GARCÍA MARÍN

Corporación Universitaria Americana (Medellín)

LUIS FERNANDO GARCÉS GIRALDO

Corporación Universitaria Americana (Medellín)

RESUMEN: El texto plantea la importancia del *oikos* griego en tanto referente simbólico que puede permitir, en condiciones de adversidad, la construcción de una estética de la existencia que se constituya en una opción para seguir viviendo cuando las condiciones son desfavorables para la existencia de la vida y para la vivencia del hogar, es decir, en escenarios de conflicto como los que actualmente viven muchas personas en condición de refugiados, de inmigrantes, de asilados; así también quienes están secuestrados y aquellos que viven el desplazamiento forzado y ambiental. Tomaremos como referente de la adversidad lo sucedido en el campo de concentración de Auschwitz para relacionar aquellos hechos de crueldad con muchas de las situaciones que acontecen hoy en el panorama global. Todo esto con la idea de proponer la vivencia del *oikos* como una construcción íntima que manifiesta la vida y que puede convertirse en un refugio en circunstancias difíciles.

PALABRAS CLAVE: *oikos*; adversidad; campo de concentración; refugiados; inmigrantes; desplazados.

Oikos as Symbolic Referent in Adversity

ABSTRACT: THE PAPER considers the relevance of the Greek concept *oikos* as a symbolic referent that could make possible the construction of an aesthetics of existence in adversity, which might become an option for staying alive when in an unfavorable situation for the existence of life and home life, that is, during conflicts as the ones experienced by a great number of persons who are refugees, immigrants or in asylum; as well as those who remain kidnaped or those who are displaced due to armed conflicts or environmental disasters. Auschwitz Concentration Camp is regarded as a referent of adversity in order to relate the cruel actions that were carried out in this place to the situations developing around the world at present. This idea is developed with the aim of proposing the experience of *oikos* as an intimate construction that reveals life and that might become a refuge during difficult situations.

KEY WORDS: *Oikos*; Adversity; Concentration camps; Refugees; Immigrants; Displaced persons.

INTRODUCCIÓN

En este texto plantearemos la importancia del *oikos* como un referente simbólico en diferentes contextos cronológicos, culturales, sociales y espaciales en que los seres humanos padecen condiciones de adversidad como son: estar prisionero en un campo de concentración o en un campo de detención, el vivir en condiciones de secuestro, el tener que desplazarse del territorio que habita

* El artículo es resultado de las lecturas, viajes, trabajo investigativo de la autora en el campo de concentración de Auschwitz y en la comunidad de Pueblo Bello, municipio de Turbo (Antioquia, Colombia) con ocasión de su trabajo doctoral titulado «La construcción del *oikos* como estética de la existencia en Michel Serres: del espacio común a una experiencia personal».

huyendo de la violencia o buscando ecosistemas que ofrezcan agua, tierra para cultivar, así mismo alimento, es decir no solo el desplazamiento forzado sino también el desplazamiento ambiental.

Tendremos en cuenta los contextos de los refugiados y los inmigrantes en esa búsqueda de un mejor lugar para vivir, considerando las particularidades del estatus en que se encuentran. Nos basaremos en los aspectos comunes que se manifiestan en todas estas situaciones como son: la adversidad, la impotencia, la pérdida del hogar, la soledad, en un recorrido espaciotemporal desde Auschwitz hasta cualquier otro lugar del planeta, desde mediados del siglo XX hasta hoy.

1. METODOLOGÍA

El desarrollo metodológico se da en tres momentos: inicialmente se realizó la revisión de los textos sobre el tema del *oikos*, luego se examinó la literatura especializada sobre los diferentes campos de concentración en Europa en la Segunda Guerra Mundial, este acervo constituyó la bibliografía primaria. Posteriormente, se referenciaron los textos secundarios que son los escritos por distintos sobrevivientes de campos de concentración sobre su experiencia, así como otros textos sobre el tema de la violencia y el horror (confróntense *La cultura de la violencia* y *Amok, horror y violencia* de Sofsky).

A partir de la revisión de los textos sobre el tema surgen las categorías centrales: *oikos*, campo de concentración, refugiados, asilados, desplazados. En el siguiente paso, la autora realizó el viaje a Polonia donde visitó a Cracovia y recorrió el gueto judío, la fábrica de Schindler, y en la población de Oświęcim realizó el recorrido del Museo de Auschwitz.

Como fruto de estas experiencias, la investigadora escribió un diario de campo en donde la narra la experiencia de la visita al campo de concentración, en el cual rastrea en las construcciones, en las carrileras del tren, en los alambrados, en el paredón, en la cámara de gas todas las evidencias de la crueldad con que fueron tratados los seres humanos que allí llegaron, además de la observación de las fotos, los testimonios de los sobrevivientes sobre la manera como fueron separados de sus pertenencias, de sus seres queridos, generando una ruptura de la relación con sus afectos y con los lugares amados.

Se hizo la revisión de los textos y películas adquiridos en el museo de Auschwitz, a partir de los cuales se efectuó el análisis de casos de los sobrevivientes, no solo en los campos de concentración, sino en distintas situaciones. Entre los sobrevivientes a las experiencias de adversidad tenemos a sobrevivientes del holocausto como Víctor Frankl, Imre Kertész, Halina Birenbaum; a Louies Zamperini (el atleta italiano que sobrevivió a un campo de prisioneros japonés durante la Segunda Guerra Mundial) y a Oscar Tulio Lizcano (que vivió la experiencia del secuestro por parte de un grupo alzado en armas en Colombia).

Este rastreo permitió observar unos aspectos que tienen en común todas estas experiencias y son la adversidad, la impotencia, el sufrimiento.

El método de trabajo es hermenéutico en tanto permite el diálogo entre los textos, la experiencia, los casos analizados yuxtaponiendo en distintas partes del escrito los conceptos de potencia en Spinoza (2009), de *Horsla* en Michel Serres (1995; 2015) y de lo público y lo privado en Sofsky (2009), para proponer la categoría del *oikos* como una solución ante las diferentes manifestaciones de violencia que pueden padecer los seres humanos hoy, en la medida en que se construye una estética de la existencia acorde a los retos que se le presentan.

Nuestro enfoque metodológico es el cualitativo, ya que nuestro objeto de estudio es un aspecto del ser humano no tangible y medible, sino reflexivo e interpretable.

2. ¿QUÉ PODEMOS DECIR DE AUSCHWITZ?

Primero que todo, Auschwitz es presentado como «un campo de concentración» y la definición general de este es: «un establecimiento donde son recluidas personas debido a su pertenencia a determinado colectivo (que puede ser de tipo étnico, político o religioso), y no por haber cometidos delitos o crímenes» (Significados.com, 2016).

Según la Enciclopedia del Holocausto (s.f.), es un lugar en el que las personas se encuentran «bajo condiciones duras y sin respeto a las normas legales sobre el arresto o la encarcelación». Es un complejo creado por los alemanes en territorio polaco y que conformado por tres sitios llamados: Auschwitz I —denominado *Stammlager*—, el otro es Auschwitz II —*Birkenau*— y Auschwitz III —*Monowitz-Buna*— que, como museo estatal, fue inaugurado el 2 de julio de 1947 con el fin de almacenar todos aquellas pruebas que muestran testimonios sobre la capacidad del ser humano para realizar múltiples acciones de crueldad que denotan la falta de humanismo, y también con el objetivo de no olvidar hechos tan cruentos que se ilustran con la presencia de las distintas colecciones de objetos que allí se encuentran. Además, las construcciones de los bloques y su disposición, así como de la maqueta del campo. El museo es un lugar del horror, pero también de la esperanza en cuanto busca que las generaciones actuales conozcan lo sucedido y procuren no repetirlo.

Por eso, además de museo, es cementerio, pero sin cuerpos, es lugar de remembranza, el 27 de enero de cada año se recuerda el arribo de los rusos al campo de concentración y, al mismo tiempo, se recuerda la huida de los alemanes. Es monumento e instituto de la memoria y guarda en sus instalaciones una colección de maletas de quienes llegaban al campo, además de zapatos, cabello, vasijas, fotos de los prisioneros; en fin, numerosos objetos que dan cuenta de la presencia de muchos seres que fueron asesinados.

Al visitar el campo de concentración de Auschwitz I, se ofrece a la vista un lugar poblado de árboles frondosos, el viento sopla sobre el rostro, se observan unas construcciones de ladrillo oscuro. Al recorrer unas calles rudimentarias, algunas en piedrilla, se escucha el sonido de los zapatos sobre ellas y es imposible no pensar ¿cómo sonarían los pies descalzos de aquellos prisioneros?, prisioneros que recorrían extensos trayectos para ir a otros campos de concentración en donde servirían como mano de obra.

Se encuentran también varios bloques con su numeración, de ellos sobresalen unas torres, además se puede ver el paredón de la muerte en el que alguna vez fusilaron a los prisioneros —se izaba la bandera según la nacionalidad del ejecutado—, práctica que fue modificada porque se consideraba «costoso» el gastar balas y se reemplazó por las ejecuciones masivas en las cámaras de gas. Finalmente, se advierten las vías del ferrocarril que evocan las imágenes de una gran cantidad de personas que llegaban cada día al *Lager* sin sospechar lo que les esperaba.

Auschwitz ostenta el riguroso orden alemán, pero allí acude a la mente del visitante la connotación de esa expresión: «campo de concentración», con la evocación de tanto dolor y sufrimiento y, entonces, esa imagen de silencio y rigor se llena con los hechos que nos han contado las víctimas, con las narraciones de tantos escritos, así mismo con los libros publicados y los numerosos documentales realizados. Un ejemplo de ello es el testimonio de la sobreviviente Halina Birenbaum: «nos habían ya metido tanto miedo en el cuerpo en el *gheto* de Varsovia con Auschwitz, tanto los alemanes como los funcionarios de la *judenrat*. Desde hacía tiempo que temblábamos solo de oír aquel nombre» (2015: 139).

Igualmente, ese silencio y ese orden se rompen cuando vemos las colecciones, los objetos que pertenecieron a quienes allí estuvieron, las maletas marcadas con sus nombres —«Pave Kohn, geb 1935», «Eva Reich, geb 1916»—, así mismo, los zapatos, los cepillos para el betún, los peines, la ropa, los platos, las jarras, los pocillos, las vasijas, objetos que nos hablan de tantas personas que por allí pasaron. Encontramos, además, los cabellos que alguna vez pertenecieron a los prisioneros, que era útil si medía más de 20 milímetros y era utilizado para hacer tapetes que fueron enviados a muchos lugares del mundo. También encontramos numerosas telas —llamadas *taled*—, piezas de lana que usan los judíos con fines ceremoniales.

Al ver todos estos «testimonios», acuden a nosotros las preguntas que tantas veces nos hemos hecho como humanidad: ¿por qué pasó?, ¿por qué sucedió?, ¿por qué...? tantas veces... ¿por qué la práctica del exterminio con tantos seres humanos? Hemos buscado la respuesta en las diferentes disciplinas, pero ninguna será suficiente para responder a nuestros interrogantes y a la pregunta ¿dónde ha quedado el humanismo como la exaltación del ser humano? Ese humanismo que, en algunas ocasiones, desde, el interior de la persona intenta buscar la perfectibilidad. La cuestión queda sin respuesta, he aquí el interrogante que después de tantos años sigue sin ser contestado.

Mucho se ha escrito y reflexionado sobre la experiencia de los campos de concentración, especialmente sobre Auschwitz, este representa un campo de trabajo forzado pues allí eran llevadas personas de diferentes nacionalidades, como está consignado en los muros del Museo de Auschwitz. En un impreso que se les ofrece a los visitantes, se puede leer que «las fuerzas de ocupación enviaron al campo a miembros de la élite del pueblo polaco, sus dirigentes políticos, sociales y religiosos, representantes de la intelectualidad, la cultura y la ciencia, miembros del movimiento de resistencia u oficiales, personas desplazadas de la región zamojszczyzna, romaníes (gitanos) y prisioneros de guerra soviéticos» (Matula, 2017).

Además, Auschwitz se organizó como centro de exterminio nazi —la segunda parte conocida como Auschwitz II Birkenau—, en donde se construyeron cámaras de gas blindadas y subterráneas a las que fueron llevadas grandes cantidades de personas diariamente —según las estadísticas consignadas en el Museo—, en ese campo de concentración también se construyeron hornos crematorios, además fue un campo de experimentación genética¹.

Todo lo anterior nos lleva a recordar, a reconocer y a reflexionar sobre los grados de crueldad, la falta de humanidad de que pueden ser capaces los seres humanos (Alexeiévich, 2015; Kertész, 2001). Dos caras de una misma moneda que se representan, de acuerdo con Hannah Arendt, de manera concreta en tres tipos de muerte: la muerte jurídica: en la que se despoja poco a poco a las personas de todo lo que tienen. La rapiña empieza por arrebatarles sus derechos civiles: las víctimas no pueden circular por las calles libremente, no pueden trabajar y, luego se les arrebató la propiedad privada de diversas formas, se les priva de la libertad sin saber por qué de esa detención (Arendt, 2010: 601); luego viene la muerte moral en la que los testigos, los testimonios, los campos, el asesinato y el olvido están organizados, por eso están «prohibidos el dolor y el recuerdo» (Arendt, 2010: 606) por lo tanto la opinión pública, la familia, los amigos. No se permite la memoria por eso se ha dado la separación de los seres queridos, no se permiten las relaciones filiales en la detención, en el encierro, el otro es considerado un enemigo. Finalmente, sobreviene la muerte de la singularidad con la cual se mata la espontaneidad, la capacidad de proponer, aquí ya no hay esperanza, la persona se entrega a su suerte, camina con indiferencia, ya todo le da igual. Los asesinos y las víctimas se confunden, porque unos y otros han cruzado el umbral de la conciencia, de distinta manera, pero con igual resultado, se ha llegado a la acción de destruir al otro que es reflejo de ese humano que se pierde (Arendt, 2010: 608).

En este estado, nada conmueve a quien lo padece, se vive en un estado de muerto viviente, porque se pierde el deseo de vivir, nada interesa porque se habita en el infortunio (confróntese a Giorgio Agamben en el texto *Lo que queda de Auschwitz*) «ya no piensa en su casa, en la familia» (Levi, 2015: 177).

¹ Puede visitarse la página del museo en <http://www.auschwitz.org/en/spanish/>

En estas tres muertes se va destruyendo poco a poco a la persona, pero sobre todo en la muerte del espíritu, porque se dan una serie de situaciones que llevan a quien las padece a la pasividad, se convierte en el *muselmán* «*aquel que no puede hablar en ningún caso*» (Levi, 2015: 173).

En las tres muertes, además, se destruye el hogar lentamente pues se priva del lugar amado a las víctimas, de ese sitio que alude a la unión, a la protección, al techo que resguarda, pero también al romper las relaciones con amigos, vecinos, familia, con la nación, con la tradición, con la identidad, tanto las víctimas como los victimarios se vuelven prisioneros de unas condiciones determinadas de violencia. Es la interrupción del *oikos* de manera aparentemente abrupta, pero, en este caso concreto, planeada porque en esa depuración técnica de quitar, despojar, aislar a quien se somete hay todo un ejercicio de poder que deja al otro desnudo de sí mismo.

Encontramos en todo lo anterior una pérdida planeada del hogar ya que a la persona se le «marca» de alguna manera su diferencia, ya sea con una estrella si es judío o con un triángulo de diferente color que mostrará su particularidad, por ejemplo: negro, gitano, criminal, vagabundo, romaní, homosexual, testigo de Jehová, preso criminal, prisionero político, prisionero de guerra, en fin cualquier condición que no sea la del grupo que controla la vida, el campo, el territorio, es decir quien no sea alemán.

También es sacado de su lugar de vivienda y separado de sus seres queridos y de algunas de sus pertenencias, en ocasiones es llevado al gueto, otras, de una vez va al campo de concentración, pero en ambos casos se le encierra en una zona demarcada por muros y alambres que definen el espacio donde vive y con quienes convive, en muchos casos con aquellos que considera extraños, los que en algunas ocasiones se convierten en una nueva familia, al construir lazos tejidos desde la desdicha.

En cada acontecimiento, el prisionero se va alejando de aquello que consideraba suyo: su casa, su familia, su trabajo, su profesión, su estatus, sus posesiones, en fin, de todos aquellos objetos que se han dotado de un valor simbólico y representan los momentos compartidos, los logros alcanzados, que dan cuenta de una construcción de morada, lo que se ilustra a continuación «el dolor humano, el que nace del regreso a la conciencia, de recuperar la percepción de lo lejos que queda tu casa... del recuerdo de los seres queridos» (Levi, 2015: 103-104).

En este contexto, el campo de concentración se vuelve un símbolo del horror extremo, allí se interrumpe el *oikos*, ese que los griegos entendían como «el grupo actuante y residente; *oikía*, a la edificación que lo acoge. El *oikos* se define también en conjunto por un espacio, a la vez que por un grupo y sus relaciones» (Duby, 1987: 551). Dichas relaciones de parentesco pueden ser «el parentesco determinado por criterios reconocidos, de acuerdo con el nacimiento, la adopción, la alianza, o el ritual; y la “amistad”, que engloba las asociaciones exteriores del parentesco» (Duby, 1987: 573). El *oikos* se comprende, entonces, como lugar y parentela (confróntese Duby, 1987).

Actualmente, de manera paradójica, es el espacio donde se intenta construir en esos lugares físicos y mentales de adversidad, al acudir a la imaginación en algunos casos para «protegerse del horror», al recordar a los seres queridos, los lugares amados, los gestos de compasión, de humanidad, de amor de los que se aman, cuando escuchamos a tantas víctimas que sobreviven, como Halina Birenbaum en su siguiente expresión cuando encuentra a Celina, la señora Praisowa y su hija: «había recuperado la confianza en la gente» (Birenbaum, 2015: 180).

Aunque la sobreviviente encontró el rostro de la crueldad en el campo de concentración en algunos seres humanos, al mismo tiempo encontró, en otros semejantes, el rostro de la comprensión, del amor, de la protección, de la amistad, de la sensibilidad, como en Celina, Abraham y Alwira, es decir, vuelve a tejer el *oikos*, corriendo nuevos riesgos.

Así mismo, cuando se ha sido obligado a dejar los lugares amados — lugar que, como símbolo de refugio, de seguridad ha sido arrebatado—, ese sentimiento de protección, de abrigo se ha perdido y a quienes son obligados a viajar a Auschwitz los embarga el miedo más profundo porque el porvenir es totalmente incierto, en palabras de Birenbaum:

Las calles quemadas del gheto, las casas en las que habíamos nacido, crecido, vivido entre los nuestros, en las que nos habían educado, habíamos aprendido a ser personas, las casas cuyos sótanos y desvanes habían sido tanto tiempo testigo de nuestras humillaciones, de nuestro miedo, de nuestro sufrimiento y de nuestra añoranza de libertad; todo lo que habíamos amado en otros tiempos en nuestra ciudad natal, lo dejamos atrás, Y la mayoría de nosotros para siempre. (Birenbaum, 2015: 98).

Los seres humanos sacados del gueto que, paradójicamente, se había convertido en un lugar de «refugio», en otra representación del hogar a pesar de las limitaciones, emprenden un camino incierto porque son llevados a Auschwitz o a los otros campos de concentración, o directo a las cámaras de gas donde serán despojados radicalmente de todo.

3. ECOS DE AUSCHWITZ

Este campo de concentración tiene un peso especial, su sola mención viene aparejada con otras memorias que producen miedo al considerar el sufrimiento, la impotencia, el dolor y la pérdida que tuvieron que pasar quienes por allí transitaban. Así mismo, en otro lugar de Polonia, y en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, nos presentan unas imágenes que aluden a la soledad, a hablar en susurros, a vivir en lugares inhóspitos y en espacios pequeños, sin comer en algunos casos o comiendo lo peor, vistiendo de harapos, en la suciedad. Como lo vemos en la película *El pianista* cuando Wladyslaw Szpilman, su protagonista, vive en zozobra y turbación sospechando de todas las personas con que se encuentra y con duda de lo que le entregan para comer. Desconfiando del

otro, viéndolo como el enemigo, viviendo con miedo, pero al mismo tiempo intentando confiar en el otro, en ese alguien (Wilm Hosenfeld) miembro del ejército alemán, su enemigo, quien le entrega una ración de comida cada día y quien, finalmente, lo ayuda a sobrevivir.

Son imágenes similares a las que nos muestra el documental *The liberation of Auschwitz* que ofrece el Museo Auschwitz Birkenau a sus visitantes, y en el que se muestra cuando se sale de Cracovia hacia Oswiecim. El video tiene la advertencia «sin editar», es decir, nos anticipan que aquello que veremos no ha sido «maquillado» y puede afectarnos, porque vemos seres humanos famélicos, casi desnudos, con expresiones de un gran dolor en sus rostros, hay tanto padecimiento en lo mostrado, que sería mejor no verlo, por nuestra tranquilidad.

Este campo de concentración se convierte en símbolo del trasegar de la humanidad, es la paradoja de oscilar entre dos grandes tensiones: la humanidad y la crueldad, pudo ser en el gueto de Varsovia o en el gueto de Cracovia, pero es también el caso de hoy, cuando vemos en los diferentes medios de comunicación los testimonios de tantas personas que pierden su hogar por diferentes situaciones: como los refugiados que huyen de la violencia en sus regiones, estos dramas que nos muestran en detalle lo que los lleva a recorrer gran cantidad de kilómetros, a cruzar múltiples fronteras, a estar a la deriva en un bote para llegar a las costas de un lugar desconocido, en muchos casos con un idioma distinto, con la incertidumbre de lo que vendrá y vemos de nuevo cómo se deja el hogar, aquel sitio que se ha amado y donde los recuerdos de los seres queridos se hallan presentes, más aún, hay que separarse de la familia, dejar atrás a una parte de ellos o a todos ellos, con el anhelo de un mejor futuro y esperando poder enviar por ellos, traerlos, volver a verlos, reencontrarse pronto.

Llegan a lugares distantes, en muchos casos sin dominar el idioma, sin trabajo, sin conocidos, sin papeles. Es entonces cuando la realidad del lugar al que se llega ofrece las dificultades de asimilar una nueva cultura, un sistema; hay que habitar un espacio por un determinado tiempo, estar en tiendas de campaña, incluso tener que dormir a la intemperie esperando conseguir una visa que «habilite» al refugiado para poder mandar por «los suyos», en ocasiones más extremas solo se permite la permanencia del refugiado, sin su familia, todo dependiendo de las reglas del país al que se llega, de las condiciones socioeconómicas, aunque se dé una reglamentación para los refugiados luego de la guerra, las condiciones no son iguales.

Otra situación en la que se deja el hogar es la de los migrantes, por su parte, estos eligen viajar a otro lugar con la esperanza de un mejor futuro y pueden regresar a su país (Edwards, 2015). En algunos casos, los refugiados cuentan con la documentación legal, en otras situaciones, están indocumentados, no saben el idioma y acceden a oficios en los que la remuneración puede ser poca. Lo hacen con la esperanza de enviar dinero a sus casas para mejorar las condiciones de vida de su núcleo familiar, incluso para poder acceder a una visa de trabajo, a una visa que les otorgue la residencia y poder traer a quienes se quedaron.

En esas condiciones, la esperanza de un mejor mañana, del encuentro con los próximos, es la motivación para trabajar mucho con el ánimo de cambiar las condiciones económicas. Otro argumento es «asegurar el futuro» y por lo tanto construir el *oikos* de la cercanía, la ayuda, el amor de la familia. Es la situación a la que puede llegar el migrante, el refugiado, tanto el uno como el otro, dejan atrás su tierra natal, su familia, su *oikos*, con la esperanza de mejorar las condiciones. En el primer caso, buscando mejorar la situación económica para sí mismo y su familia, persiguiendo un «sueño», en el segundo caso, se solicita asilo, pero las personas llegan a un lugar extraño, donde se sienten forasteros, donde sienten que no encajan y tienen que luchar consigo mismos para sostener su ánimo, su fuerza interior y seguir con la esperanza de un mejor mañana, tratando de construir nuevas relaciones, que le permitan «edificar» lo que tenían, lo que se manifiesta en el deseo de volver a estar con los suyos. Estas personas son vistas como *humanos residuales* (Bauman, 2009: 80), porque sus funciones no se consideran lucrativas y no encajan en la sociedad a la que llegan.

De otro lado, encontramos en algunos inmigrantes, sin embargo —como en la película *Babel*— que siguen siendo extranjeros en el lugar a donde van porque no se ajustan a la sociedad en la que viven, y que siguen añorando sus ancestros, su terruño, lo que se manifiesta en algunas situaciones en que se buscan y se encuentran con sus coterráneos, hablan en su idioma materno, compran los dulces de su tierra, lloran al escuchar el himno nacional de su patria y los acompaña un sentimiento de nostalgia por lo que dejaron atrás.

También, hoy presenciamos otras experiencias de adversidad como es el caso de quienes han sido secuestrados por diversas razones, ya sea por motivos extorsivos o políticos, para ser adoctrinados en otra religión, para ser esclavizados sexualmente, para explotar una bomba, en fin, son numerosos los motivos por los que se lleva a cabo el secuestro. En estas detenciones, ya sea por poco tiempo o por muchos años, el secuestrado es obligado de manera violenta a partir, dejando su morada, abandonando el lugar de lo íntimo (Pardo, 1996).

En ese momento es sacado de su hogar, es arrancado de su lugar de vivienda, entendida esta como la casa que «encierra un espacio que se mantiene por definición exclusivamente privado» (Duby, 1987: 556), es separado de sus seres queridos, de forma repentina e inesperada se interrumpe su cotidianidad, con la incertidumbre, para todos, de lo que podrá pasar, acontecimiento que, en la construcción del *oikos*, tiene unas implicaciones enormes porque «la familia tiene que ver en su totalidad con lo privado patrimonial y afectivo, con lo que se restringe por tanto a la red estrictamente concéntrica a cada uno» (Duby, 1987: 573).

Se rompen los lazos con los otros y las preguntas son múltiples: ¿sigue vivo?, ¿tiene comida?, ¿habrá reencuentro?, y una pregunta que resume la importancia del *oikos*, ¿de qué manera vivir la ausencia del otro? Es decir ¿de qué manera construir su presencia?, ¿cómo hablarle?, ¿cómo celebrar la vida?, ¿cómo celebrar el amor? Se inicia el camino de la incertidumbre porque no hay

respuestas, no hay nada seguro, todo es incierto. Al mismo tiempo, el secuestrado se pregunta: ¿volveré? ¿cuándo? ¿cómo se encuentran mis seres queridos?

De igual manera, viven en la fatalidad los desplazados por las conflagraciones, quienes huyen de las guerras civiles, del horror, de la pobreza, de los conflictos, de la cultura de la violencia que se ha implantado en sus comunidades y que tienen que vivir en todo momento, escapando —en palabras de Serres— de momentos «en los que cada persona, mujer, niño, anciano, sentía, siente quizá, en la espalda o pasando sobre los hombros, la presencia permanente de la muerte» (Serres, 2015: 62). Ellos también parten, de su casa, dejando todo atrás. En estas circunstancias, el deseo de proteger a la familia, de poderles dar la comida, la educación, el amparo que en esas condiciones ya no se puede, anima a quienes lideran el núcleo familiar a buscar el traslado de sus familias a otros lugares, para salvar su vida y conseguir unas mejores condiciones de vida. Aquí, de nuevo el ser humano se aferra a los suyos, paradójicamente, separándose de ellos, renunciando a verlos, para que continúen y para seguir, animados todos, por la esperanza del reencuentro.

De otra parte, están los desplazados ambientales, que salen de sus lugares de vivienda por los cambios en un suelo que se vuelve estéril, la falta de agua, los cambios del clima, la disminución de la biodiversidad, la alteración de los ciclos de la vida de las diferentes especies, que pierden su lugar de residencia y no saben a dónde van, errantes sin norte, desposeídos de todo.

En estas condiciones, muchas personas tienen el reto de construir, de nuevo, el hogar perdido, no renunciar a aquello que establecemos como el *oikos* griego en sus dos dimensiones: el hogar y las relaciones de afecto que construimos con los otros, los lazos que tejemos para aferrarnos a su cariño, a su amistad, a aquellas «pasiones alegres» de las que nos habla Spinoza y que nos potencian la vida y nos sostienen en los lugares inhóspitos y adversos de la realidad y de nuestro imaginario, pero en las condiciones anteriormente planteadas se vuelve cada vez más difícil.

Sin embargo, en medio de la desolación y la dificultad, considerando lo anterior, citamos en Spinoza la importancia de las pasiones: «La fuerza de una pasión o afecto puede superar a las demás acciones o potencia del hombre, de suerte que ese afecto se adhiera pertinazmente al hombre» (Spinoza, 2009: 190). De acuerdo con el libre albedrío del ser humano, este puede optar por fortalecer en él aquellas pasiones que le permitan crear hábitos que le ayuden a sobreponerse al infortunio en momentos de gran dificultad. En esta elección, se hace fundamental la categoría de la condición humana, de la cual habla Hannah Arendt (confróntese el texto *La condición humana* y en él, las diferentes definiciones que esta autora nos propone para dicho concepto) porque permite sobreponerse al infortunio y construir en nuestra vida otro tipo de tejidos que se alejen de la violencia y sus diferentes manifestaciones, con el fin de abrazar una propuesta de humanidad, porque al movernos constantemente, en este caso del escrito, entre dos fuerzas: seguir viviendo o morir, llega un momento en que hay que decidir ¿qué camino seguir?

En este orden de ideas, se hace necesario en la persona —en algún momento de la disyuntiva que lo habita— elegir lo que determinará su vida desde ese momento presente hacia su porvenir; este conflicto interior, que además muestra la relación con el hogar; lo podemos ilustrar con escenas la película *Inquebrantable*. Su protagonista, Louies Zamperini, quien estuvo en un campo de prisioneros de guerra japonés, está a la deriva en alta mar sobre una balsa con sus dos compañeros —su avión había sido derribado—, Zamperini les dice que «hay que entretener la mente y vivir» y les narra una receta de su madre en la que ella mezcla la harina, los huevos y su expresión es «la harina que convierte en algo tan delicado como el talco» este recuerdo lo lleva a «ver» en su mente la imagen de su madre en la cocina mientras él la observaba desde lo alto del mezanine. Luego enuncia: «la noche es oscura y estoy lejos de casa» y acompaña estas palabras con la acción de ver una foto de un de ser querido.

Volviendo al asunto de las pasiones que nos habitan, cuando provienen de fuerzas distintas generan en nosotros conflicto interior; encontramos en este testimonio de vida que la pasión que desborda a Louies es que luego de pasar por un sentimiento de indiferencia ante lo que suceda con su vida, se reafirma en el deseo de vivir cuando su compañero de cautiverio le dice: «llegar vivos al final de la guerra será nuestra venganza» y toma esta expresión como su propósito en el campo, en ese momento presenciamos cómo empieza a construir un referente de *oikos* en medio de condiciones hostiles.

Al llegar al campo de prisioneros de *Naoetsu*, Zamperini es constantemente golpeado por el sargento Watanabe o por soldados que siguen sus órdenes. En uno de los momentos de mayor castigo, es obligado a cargar un mástil con los brazos en alto y él, en su imaginación, recuerda cuando entrenaba para los juegos olímpicos, su evocación le trae a la mente su propio gesto sonriente, recordación grata que lo ayuda a conseguir la fuerza que no tiene, para con una actitud de coraje, enfrentarse con su mirada al militar japonés y retarlo desde su voluntad, aun desde su rol de prisionero y demostrarle que se ha ganado el respeto de todos, porque ha sido capaz de sobrevivir a una gran cantidad de castigos, golpes, torturas, a las condiciones de encierro y al odio de otro ser humano. Todo esto nos muestra la posibilidad de construir en lo más íntimo de nuestra razón y de nuestro corazón un *oikos* simbólico que nos lleva a continuar, porque Louies elabora una transformación de esas pasiones tristes en alegres, las cuales transmuta en medio de unas condiciones desfavorables para su vida, para el *oikos*, al construir interiormente un nuevo lazo consigo mismo.

Este caso nos muestra que, cuando construimos esos nichos afectivos que nos ayudan a seguir viviendo, incluso intentamos reencontrarnos con los recuerdos que aluden a esos hilos que entretejimos con nuestros seres queridos vivos o ya fallecidos. Nos protegemos, nos resguardamos ¿será por esa condición humana?, ¿será por instinto de supervivencia? Lo que nos lleva a no convertirnos en el *muselmann*, en aquel muerto viviente del que nos habla el filósofo italiano, al referirse a quienes recorren el campo de concentración, «aquellos que habían perdido desde hacía mucho toda voluntad de vivir... personas dominadas por un fatalismo absoluto» (Agamben, 2009: 45).

Como se plantea en páginas anteriores, esta es una de las tres muertes de las que habla Hannah Arendt, la muerte de la singularidad, de la espontaneidad, la que ocurre después de la muerte legal y de la muerte moral, según la autora plantea, «sólo quedan entonces fantasmales marionetas con rostro humano que se comportan todas como el perro de Pavlov» (2010: 611) porque se dejan transportar a las cámaras de gas, no hay rebeliones, no hay matanzas, no protestan, renuncian a sí mismos, se dejan llevar. Se pierde la esperanza, no se lucha ante la adversidad.

Es aquella parte del ser humano que mantiene la humanidad, según Arendt, «lo único que todavía impide a los hombres convertirse en cadáveres vivientes es la diferenciación del individuo, su identidad única» (2010: 608), es decir, es lo que nos preserva de ser un *muselmann*, pero que en este caso concreto ya no habita a la persona, al romperse totalmente el *oikos*, al desgarrarse el vínculo con el lugar, con los otros y consigo mismo, porque su espíritu ha comenzado a dejarlo.

4. PANORAMA GLOBAL

Son múltiples las realidades actuales que dan cuenta de diversas situaciones en las cuales las personas pierden su hogar por diferentes razones, entre ellas encontramos las guerras civiles en diversos países de África que han obligado a sus habitantes a caminar a veces sin rumbo, desconociendo a dónde van, con miedo a perder la vida que es todo y lo único que les queda, en este trasegar nos hablan de hambruna, de la total desprotección que muestra la finitud en la que puede estar inmerso el ser humano como es el caso de lo que acontece en el Cuerno Africano (región de Somalia, Yibuti, Eritrea, Etiopía, se produce una hambruna). Confróntese la información de los distintos organismos internacionales a la fecha.

También lo sabemos por las imágenes en tiempo real que nos muestran, las condiciones en que están viviendo los habitantes de países asiáticos, la desesperanza para tantas personas porque ven el futuro tan desolador, y aquí de nuevo volvemos a presenciar la imagen del *muselmann*, aquel que vaga por distintos lugares, a veces en círculos, buscando comida, agua potable, un lugar seguro ya no para vivir, sino para morir, totalmente desprotegido, con un aspecto físico que va mostrando las huellas de la falta de alimento, de la angustia y la desolación, que son sus compañeras.

En otras regiones, como en Colombia, la inestabilidad política ha llevado a cierta incertidumbre, que ha influido negativamente en la economía, en las políticas educativas, lo que ha generado afectaciones al nicho familiar: ya no se puede salir tan tranquilo, porque las casas están rodeadas de minas antipersona, como en algunos municipios del departamento de Nariño, al igual que en algunas escuelas como en el departamento de Santander, hay que resguardar la vida, ya no se recorren los territorios libremente, y en algunos

casos tampoco se puede asistir a estudiar, hay que salvaguardar la vida y se está «prisionero en su propia casa» por lo tanto se desencadenan desplazamientos forzados. (Consultar último informe de Human Rights Watch).

Los fenómenos climáticos que se suceden cada año en diferentes partes del mundo han arrasado con las construcciones, han afectado el suministro de agua potable, en general, interrumpiendo la oferta de los servicios públicos, lo que ha desencadenado alertas en el cuidado de la salud y, como consecuencia, quienes han tenido posibilidades económicas y tienen familiares o amigos en el extranjero han dejado sus hogares, interrumpiendo la cotidianidad, para ir a otro lugar y estar lo mejor posible por cierto tiempo al menos, a todo esto se refiere Serres cuando habla de la guerra mundial porque estamos destruyendo el planeta y nos estamos destruyendo a nosotros mismos (véase también a Campillo, 2015).

El cambio en las políticas de migración en algunos Estados ha generado, en parte de la población, una *zozobra* porque las familias empiezan a ser separadas ya que unos poseen la ciudadanía y otros no, así, los medios de comunicación nos muestran situaciones en las que tienen que separarse los padres de los hijos o los hijos de los padres, así como de otros miembros de la familia pues unos son deportados mientras otros se quedan.

Todos esos hechos dan cuenta de lo que pierden las personas: sus casas, los animales, los seres queridos, ya sea por el efecto de los fenómenos climáticos cada vez más frecuentes —como las inundaciones, los tornados, las heladas, los huracanes—. También por las acciones violentas, los gobiernos totalitaristas, los enfrentamientos entre tribus, los intereses particulares de unos y otros bandos criminales o por las políticas migratorias de los diferentes gobiernos. Hay que considerar, además, al terrorismo que se manifiesta actualmente en cualquier momento y, de cualquier manera, como un factor determinante que cambia la manera de vivir, de construir el *oikos* en la medida en que «... ahí nadie sabe con quién negociar» (Serres, 2015: 82) es decir, el azar está presente constantemente y la incertidumbre nos acompaña todo el tiempo.

Estas múltiples situaciones nos muestran que, en cualquier momento, pueden cambiar las condiciones en que vivimos, y esto influye en la manera como existimos, en los lazos que tejemos con los otros, en las redes de afecto que vamos cultivando, lo que implica estar construyendo el *oikos*, y esto nos lleva a la creación de una estética de la existencia, porque nos vemos retados a construir de nuevo lo que cambia, lo que es arrasado, destruido e interrumpido, retando nuestra inteligencia sensible, porque nos convoca a superar, sobrepasar e ir más allá de todo lo doloroso que nos llega a pasar.

Por lo que nos han contado las víctimas, podemos colegir lo importante de construir el *oikos* en nuestras vidas como una posibilidad de darle sentido, lo que podemos identificar en la siguiente expresión: «llegué a tener envidia de las ratas y de los ratones... tenían sus madrigueras, podían esconderse del enemigo y del peligro. Y a nosotros no nos estaba permitido ni abandonar aquella sala ni ir al retrete» (Birenbaum, 2015: 98).

Igualmente, evidenciamos lo importante del *oikós* en la siguiente cita del nobel de literatura: «mientras mis manos estaban ocupadas con la pala y el pico... yo lograba escapar de allí... la mayoría de las veces me quedaba en casa» (Kertész, 2001: 160).

Así, nos cuenta este autor, cómo escapaba de los castigos del verdugo cuando estaba en el campo de concentración. Él iba de visita a la sala de su casa, pero no se quedaba mucho tiempo, porque podía picar la piedra mal y el verdugo lo castigaría, pero estas visitas alimentaban su alma y permitían que su imaginación se llenara con el recuerdo del amor de la casa materna, de la presencia de los seres queridos, de los recuerdos que nutrían su ánimo, de la reflexión de aquellos alimentos, palabras, que en su momento no valoró.

Es lo que escuchamos en muchas de las personas que han estado secuestradas, cuando en sus narraciones aparece la manera como recurrieron a su imaginación para preservar su vida, para preservarlo todo, algo de su casa, el recuerdo, el olor, la sonrisa. Encontramos, en Colombia, el ejemplo en Oscar Tulio Lizcano cuando nos cuenta de sus monólogos, porque como no podía hablar con nadie, se creó unos alumnos imaginarios, con los cuales establecía diálogos que eran recreados en su mente y nos cuenta lo que hacía: «en los momentos de mayor soledad enterraba unas ramas de árboles y formaba un salón de clases y practicaba. A cada rama le ponía nombres de los estudiantes que en un momento tuve. Yo daba las clases, me preguntaba y me respondía» (Vanguardia, 2008).

Lo que nos muestra la importancia que tiene para el ser humano crear una manera de sentirse acompañado, de poder hablar con el otro, del lenguaje articulado como una práctica que permite la lucidez y el reconocimiento de sí mismo, cuando quienes lo rodeaban, lo desconocían al negarle la palabra.

Es la experiencia que evidenciamos en el texto *El hombre en busca de sentido* (Frankl, 2004), una manera de sobrevivir en el campo de concentración es también ir al lugar de la imaginación, donde la mente se protege de todo y toma la fuerza para seguir viviendo, pero en este caso concreto por pequeños espacios de tiempo que no duran más de una hora. Se convierte, entonces, la imaginación en ese poderoso lugar en el que podemos resguardarnos de las vicisitudes, de las adversidades, de los sufrimientos, en esa medida se convierte la imaginación en una posibilidad de construcción del *oikos* que nos ayuda a ejercer la categoría humana para tener la fuerza interior que nos permite sobreponernos en momentos de gran dolor cuando sentimos que nuestro ser se desgarrar, podríamos pensar en la imagen que propone Marco Aurelio de la «Ciudadela Interior» a la que acudimos para beber en ella la fortaleza necesaria para vivir.

Nos damos cuenta de lo importante que es en nuestra vida el *oikos* en sus dos sentidos, cuando todo lo que hacemos tiene significado, cuando hay un ser humano con quien compartirlo, cuando alguien nos espera, cuando nos llamamos y nos llaman, cuando contamos con el otro y la prueba final es cuando recibimos un premio y/o se nos presenta una situación dolorosa, siempre hay

quien esté allí, en frente nuestro, al otro lado de la línea, del dispositivo, lo que es muy importante para nosotros y esta es la experiencia que nos muestra lo privilegiados que somos, por ser amados, porque los otros nos permiten entrar en su vida y en su corazón de manera incondicional.

Por lo anterior, podemos plantear que el *oikos* es nuestro refugio en la adversidad, nos aferramos a una idea, a una esperanza, a un ser querido, a un recuerdo, a un lugar, a un momento, a un objeto en las experiencias más dolorosas de nuestra vida para seguir viviendo, revivimos los momentos felices, los traemos al instante presente, construimos un resguardo ante el dolor, «el caparazón de lo privado protege frente al estremecimiento de la nada» (Sofsky, 2009: 103).

CONCLUSIONES

Ante la pérdida del hogar en diferentes formas de la adversidad, como son el campo de concentración de Auschwitz, el ser prisionero de guerra, pasar por el secuestro, vivir como refugiado, ser inmigrante en otro país, tener que desplazarse por la violencia o por las condiciones ambientales; el ser humano encuentra su finitud y en ella, se idea la manera de construir el *oikos* como una estética de la existencia en donde ya no hay un espacio común sino que se pasa a una experiencia personal porque el individuo recurre a su interioridad para construir de una manera subjetiva una opción diferente que le permita seguir viviendo, y una forma de hacerlo es recurrir a su imaginación para recordar y traer al instante presente, lo experimentado, con la esperanza de repetirlo en algún momento, de crear en su mente la posibilidad de que ese lugar y esos seres queridos podrán ser vistos de nuevo, esa perspectiva de lo futuro lo anima a seguir.

Todas estas circunstancias requieren de un nuevo *oikos* como estética de la existencia hoy, mostramos que el ser humano, en momentos de dificultad, de dolor físico y psicológico, busca refugio en múltiples asuntos que representan el resguardo, como la familia, los amigos, los lugares queridos, los recuerdos de momentos felices, a los cuales acude en su imaginación para poder encontrar la fuerza interior que le permita sobreponerse a la adversidad.

Al mismo tiempo, hemos empezado a presenciar situaciones de incertidumbre al vivir en condiciones de guerra, hambre, epidemia, enfermedad, riesgo, que nos obligan a repensar la manera como habitamos el hogar, porque actualmente se requieren otras maneras de morar en los lugares y de relacionarnos con los otros y con lo otro, a lo cual pretendemos dar respuesta desde las distintas situaciones de infortunio que puede vivir un ser humano porque nos llevan a preguntarnos ¿qué respuestas encontrar para morar con lo imprevisto, lo desconocido, lo anónimo? Y nos muestran la necesidad de un nuevo horizonte para construir la idea del *oikos* como lo propio, lo personal, lo singular.

En este contexto, la reflexión sobre el *oikos* en este momento aporta en la medida en que alude al hábitat humano en un sentido más profundo, desde

el cual cimentamos nuestros nichos afectivos y nos responde a los siguientes interrogantes: ¿existe la necesidad de construir un concepto de hogar con las condiciones actuales y cómo propiciarlo a partir de las situaciones presentes de incertidumbre y violencia? ¿Qué aspectos de resignificación hemos construido? ¿Existe hoy una necesidad de volver al hogar? ¿Cuáles son hoy las condiciones ideales para que el ser humano pueda habitar y establecer lazos?

Esperamos aportar a la reflexión actual sobre la manera de construir el *oikos* en este mundo cambiante y veloz para proponer posibilidades que permitan crear condiciones que nos lleven a relacionarnos con los otros, con lo otro y con nosotros mismos desde la bondad y el amor, para sostenernos en los momentos de infortunio y crear nuevos lazos que nos permitan la construcción de nuevas formas de habitar el hogar.

BIBLIOGRAFÍA

- Alexiévich, Svetlana. *La guerra no tiene rostro de mujer*, Penguin Random House, Barcelona, 2015.
- Agamben, Giorgio, *Lo que queda de Auschwitz*, Pre-textos, Valencia, 2009.
- Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo*, Alianza Editorial, Madrid, 2010.
- Arendt, Hannah, *La condición humana*, Paidós, Barcelona, 2009.
- Bauman, Zygmunt, *El arte de la vida*, Paidós, Barcelona, 2009
- Birenbaum, Halina, *La esperanza es la última en morir: un viaje al pasado*, Museo Estatal de Auschwitz-Birkenau, Auschwitz, 2015.
- Campillo, Antonio, *Tierra de nadie*, Editorial Herder, Barcelona, 2015.
- Derrida, Jacques, *El siglo y el perdón*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 2003.
- Duby, Georges, *Historia de la vida privada del Imperio Romano*, Taurus, Madrid, 1987.
- Edwards, Adrian (2015), «¿Refugiado o migrante? El término no da lo mismo». [<http://www.acnur.org/noticias/noticia/refugiado-o-migrante-acnur-insta-a-usar-el-termino-correcto/>]
- Enciclopedia del holocausto, «Los campos de concentración, 1933-1938». [<https://www.ushmm.org/wlc/es/article.php?ModuleId=10007019>]
- Frankl, Victor, *El hombre en busca de sentido*, Herder, Barcelona, 2004.
- González Iñárritu, Alejandro, *Babel*, 143 minutos, Paramount Pictures, 2006.
- Jaeger, Werner, *Paideia: los ideales de la cultura griega*, Fondo de Cultura Económica, México, 2002.
- Jolie, Angelina, *Inquebrantable*, 137 minutos, Universal Pictures, 2014.
- Kertész, Imre, «*Sin destino*», [<http://lelibros.online/libro/descargar-libro-sin-destino-en-pdf-epub-mobi-o-leer-online>], 2002.
- Levi, Primo (2015), *Así fue Auschwitz*, Barcelona, Península.
- Matula, Agnieszka, «Historia de Auschwitz». Traducción de Fernando Bravo García. [http://auschwitz.org/.../auschwitz/.../auschwitz_historia_i_terazniejszosc_wer_hiszpanska_20], 2017.
- Pardo, José Luis, *La intimidad*, Pre-Textos, Valencia, 1996.
- Polanski, Roman, *El pianista*, 150 minutos, Universal Estudios, 2002.
- Serres, Michel, *Atlas*, Cátedra, Madrid, 1995.

- Serres, Michel, *Figuras del pensamiento. Autobiografía de un zurdo cojo*, Gedisa, Barcelona, 2015.
- Serres, Michel, *La guerra mundial*, Casus-Belli, Madrid, 2013.
- Sofsky, Wolfgang, *Tiempos de horror: Amok, violencia, guerra*, Siglo XXI, Madrid, 2002.
- Sofsky, Wolfgang, *Defensa de lo privado*, Pre-Textos, Valencia, 2009.
- Sofsky, Wolfgang (2006), *Tratado sobre la violencia*, Madrid, Abada.
- Spinoza, Baruch, *Ética demostrada según el orden geométrico*, Trotta, Madrid, 2009.
- Significados.com. «Campos de concentración» [<https://www.significados.com/campos-de-concentracion/>], 2016.
- Vanguardia, «Óscar Tulio Lizcano reveló detalles de su secuestro y liberación». [<http://www.vanguardia.com/historico/11694-oscar-tulio-lizcano-revelo-detalles-de-su-secuestro-y-liberacion->], 2008.
- Witold, Rybczynski, *La casa: historia de una idea*, Nerea, San Sebastián, 2009.

Corporación Universitaria Americana (Medellín)
<https://orcid.org/0000-0003-2246-3789>
mgarcia@americana.edu.co

EULALIA GARCÍA-MARÍN

Corporación Universitaria Americana (Medellín)
<https://orcid.org/0000-0003-3286-8704>
lgarces@americana.edu.co

LUIS FERNANDO GARCÉS GIRALDO

[Artículo aprobado para publicación en febrero de 2019]